

todos lados su descarnado rostro, tiende sus lazos por doquiera, no hay paso seguro, no se sabe adónde huir ni qué camino coger. Reina por todas partes el pánico, los corazones todos están cubiertos de luto, los semblantes pálidos, las mejillas bañadas en lágrimas. ¡Qué cuadro el de Jerusalén desierta y subyugada por sus enemigos, pintado por el inspirado cantor de sus ruinas! ¡Qué consternación no infunde en el ánimo la sola narración de las grandes calamidades, aun á muchos millares de leguas de distancia del suceso! Y ¿qué tribulaciones más sensibles para el corazón cristiano que las que afligen á la Iglesia, y principalmente, á su cabeza visible, el Padre común de los fieles? Ante esas grandes y sacrílegas persecuciones, despojos y violencias de que suele ser víctima la santa Esposa de Jesucristo, todas las demás tribulaciones parecen pequeñas, porque hieren solamente intereses humanos, mientras con aquéllas se lastiman y destrozan intereses de Dios. ¡Ah! y sin embargo, parece que va haciéndose insensible nuestro corazón á esas desgracias, quizás á fuerza de haberse hecho tan frecuentes por la malicia de los tiempos. De todos modos, no desfalleciendo nuestra fe, no dejará de afligirnos hondamente la situación calamitosa de la Iglesia, nuestra querida Madre. Tampoco nos hallarán insensibles las calamidades que agobian á nuestra infortunada patria. Ellas oprimen nuestro corazón; y estos piadosos cultos, tributados á la que es consuelo de afligidos, son una fervorosa plegaria para mover á piedad las entrañas del Padre de las misericordias, á fin de que trueque en días de felicidad estas horas de amargura. Para ello queremos también estudiar, á la luz de la doctrina católica, el gran misterio de la tribulación.

II.

7. Que algún misterio se oculte en la tribulación, hermanos carísimos, no parece que pueda ponerse en duda,

á lo menos en una multitud de casos en que la razón humana no sabe darse cuenta del porqué de los padecimientos de la vida. El Eclesiastés nos dice que acontece una cosa vanísima sobre la tierra, y es que hay justos á quienes les sobrevienen males como si ellos hubiesen obrado como los impíos, y hay impíos que viven tan seguros y felices como si tuviesen obras de justos¹. Pero al mismo tiempo nos advierte el escritor sagrado que el hombre no puede hallar la razón de todas las obras de Dios que se efectúan debajo del sol, y por más que diga el sabio que la conoce, jamás podrá descubrirla². ¿Cómo, pues, intentar nosotros encontrar la explicación de las humanas tribulaciones? Pretensión intolerable sería ciertamente, si no nos guiara la luz misma de los divinos oráculos, la enseñanza de la Iglesia y la doctrina de los sabios. Ésta nos dice en primer lugar que la tribulación es un mal necesario, y luego, que es un bien apetecible. Fijémonos por hoy en la primera aserción. Y ¿de dónde ha de provenir esa necesidad? Pues primeramente del orden natural de las cosas, y en segundo lugar de la economía ó disposición divina en el orden sobrenatural. Reconocida su necesidad, ya nos será la tribulación más llevadera.

8. La existencia de la tribulación en el mundo, y por consiguiente su origen, está estrechamente ligada con la existencia y el origen del mal, grande y profundo problema de la filosofía y de la religión. Sin pretender ocuparme en dar su solución, me bastará haceros ver que el mal, en el orden físico, depende de la naturaleza misma de las cosas finitas, según están ordenadas por el soberano Creador, libre y contingentemente, sí, pero de un modo regular, constante y uniforme. Por lo que hace al mal moral, único verdaderamente digno de llamarse así, por ser un desorden de la criatura racional, también depende de la natural

¹ Eccl. 8, 14.² Ibid. 8, 17.

condición del hombre libre, aunque sujeto á la ley moral. Entremos en algunas consideraciones acerca de esta verdad. Los que llamamos males físicos, ó que provienen de los agentes naturales, no lo son en absoluto sino sólo relativamente; lo que es mal para un ser, es bien para otro, v. g. la destrucción de una vida para el sostenimiento de otra vida superior, la muerte de los animales para la vida del hombre. Aun respecto de un mismo ser, lo que es mal en un sentido ó bajo un aspecto, puede ser bien en otro sentido, como lo que amarga el paladar puede servir para quitar un dolor ó dar la salud al cuerpo. Y esto ¿de qué depende? De que cada una de las criaturas obra y produce su efecto conforme á su naturaleza y actividad ó virtud que le es connatural. Y en este sentido todos los fenómenos naturales son buenos. Bueno es que el fuego queme y el sol abrase y el agua corra é inunde los campos y arrolle en su impetuosa corriente cuanto se le ponga delante, porque obrando así, cumple cada uno de estos agentes con la ley que le impuso el Criador y Ordenador del universo. Bueno es que el animal, y por consiguiente el hombre también, expuesto como está, en medio de la creación, á la acción de mil elementos deletéreos, sufra el efecto de sus golpes y caiga finalmente vencido por ellos, perdiendo la vida corporal bajo el hacha de la muerte. ¿Por qué no ha de morir lo que es mortal? ¿por qué no se han de cumplir en él las leyes de la naturaleza? ¿Habría Dios de suspenderlas ó cambiarlas? No por cierto, á no ser en un caso particular en que Él quisiera hacerse presente por una intervención preternatural. Luego el que llamamos mal físico es necesario con necesidad no absoluta, pero relativa ó fundada en la estabilidad del orden físico. Á propósito dice el ingenioso Doctor San Agustín: *Non est magnus qui magnum putat lapides cadere aut mortales mori* — «No da muestras de gran entendimiento el que cree una maravilla que caigan las piedras ó que mueran los

mortales.» Lo grande y maravilloso, ó sea milagroso, sería que sucediera todo lo contrario. Pero esos accidentes naturales son para nosotros, en ciertas circunstancias, causa de pérdida de bienes y de dolores y padecimientos crueles que nos atribulan. ¿Y qué pensar entonces? ¿que son males? Séanlo enhorabuena, si así queremos llamarlos ó por tales los estimamos, juzgando más que con la razón, con el sentimiento y la pasión; pero, en todo caso, son males necesarios como dejamos expuesto, y, aunque Dios pudiera impedirlos, no quiere ó no ha querido hacerlo por razones de altísima sabiduría, y nosotros debemos conformar nuestra voluntad con la de nuestro Señor y Soberano. Entonces es cuando nos cumple exclamar con el mismo Hijo de Dios: *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te* — «Bien está, oh Padre celestial, porque así plugo á tu voluntad.»¹ Y con el santo Profeta de Idumea: *Dominus dedit, Dominus abstulit* — «El Señor me dió, el Señor me quitó; sea su nombre bendito.»² De Dios viene todo cuanto hacen las causas segundas que obran por ciego impulso. Él es quien las mueve, Él es quien las sostiene y concurre con ellas para que produzcan sus efectos. Sin su voluntad no se mueve la hoja de un árbol. Todo, pues, cuanto en el orden físico nos contraría y mortifica, todo viene de la mano del Criador, y dada su voluntad, es para nosotros una tribulación necesaria.

9. Y en el orden moral ¿cómo se explican, hermanos carísimos, nuestras tribulaciones? Prescindiendo por ahora de la intervención especial de la justicia ó de la providencia divina en las males y trabajos, públicos ó particulares, que nos afligen, intervención de que adelante hablaremos, basta tener en cuenta nuestra condición natural de agentes libres para comprender el porqué de la mayor parte de las penalidades de la vida. Nosotros mismos somos nuestros

¹ Matth. 11, 26.² Iob 1, 31.

atormentadores. ¡Ah! si no abusásemos, como tan frecuentemente lo hacemos, de nuestro libre albedrío, no padeceríamos la mitad de los males que sufrimos y hacemos sufrir á nuestros semejantes. Aquí pudiéramos aplicar la palabra sagrada: ¿De dónde provienen las guerras y discordias tan funestas para los individuos y las naciones enteras? ¿Por ventura no traen su origen de las concupiscencias de los mismos hombres, de la ambición, de la codicia, de la envidia, del odio y de todas las malas pasiones que fermentan en el corazón humano? Pues si eso decimos de la guerra, ¿no podríamos discurrir de un modo análogo respecto de la enfermedad, de la pobreza, de la deshonra y de todas las naturales consecuencias de nuestros desórdenes, que son otros tantos golpes que descarga sobre nosotros el azote de la tribulación? Y después de todo, ¿no son en cierto modo necesarias todas esas que llamamos desgracias y calamidades? ¿Acaso no es necesario, dada la humana libertad y la defectibilidad al hombre inherente, que haya abusos y desórdenes? Pues ¿no dice Jesucristo: *Necesse est ut veniant scandala* — «Preciso es que haya escándalos en el mundo»¹? Y en el mismo reino de Dios, que es la Iglesia del tiempo, como explica San Gregorio, ¿no ha de haber escándalos é iniquidades que los ángeles habrán de recoger el último día cuando la consumación de los siglos?² Luego tiene que haber tribulaciones en el mundo, como tiene que haber pecadores y pecados que las causen. En una palabra, carísimos hermanos, las tribulaciones, como los abrojos y las espinas, son el fruto natural de este valle de lágrimas, según la sentencia lanzada por Dios en el paraíso contra el hombre prevaricador: *Spinis et tribulis germinabit tibi* — «La tierra germinará para ti espinas y abrojos.»³ Habitamos una tierra maldita, no ya el paraíso de delicias de donde fuimos arrojados para siempre. La

¹ Matth. 18, 7.² Ibid. 13, 41.³ Gen. 3, 18.

tribulación es, pues, la ley de nuestra vida. El pecado es el constante agujón de la muerte¹ y de los males que la preceden y acompañan.

10. Pero subamos algo más arriba para descubrir más claramente el misterio ó secreto de nuestras tribulaciones. Recordemos que vivimos en un orden sobrenatural, adonde nos ha elevado la bondad de nuestro Dios por el sacramento de la redención. En este orden hemos de buscar y encontrar la última explicación de los misterios de nuestra vida, pues, aunque el orden sobrenatural no destruya la naturaleza sobre que descansa, la modifica, sobre todo en la esfera moral, que es la esfera de la vida humana. ¿Cuál es, pues, la razón definitiva y suprema de esta necesidad de vivir en medio de la tribulación? ¡Ah! ¡cristianos que me escucháis, cristianos atribulados y afligidos! la razón es la soberana disposición de Dios, que ha hecho de la tribulación el medio, la condición, el instrumento de la salvación eterna. *Quoniam per multas tribulationes oportet nos introire in regnum Dei*². Así lo enseñaba el Apóstol de las gentes á los perseguidos discípulos de la primitiva Iglesia. El mismo Dueño y Señor de la gloria ¿no tuvo necesidad de padecer para entrar en ella?³ ¿Quién ignora la economía divina de la redención? ¿Ésta no había de efectuarse por medio de la cruz? «Cristo Jesús», dice el Apóstol, «para santificar por medio de su sangre al pueblo, padeció fuera de la puerta de la ciudad.»⁴ Y San Pedro nos hace ver que así como el Redentor padeció para salvarnos, así nosotros debemos padecer siguiendo su ejemplo: *Christus passus est pro nobis, vobis relinquens exemplum*⁵. Por eso decía el mismo Señor por boca de su Profeta: *In flagella paratus sum* — «Preparado estoy para los azotes»⁶; y nosotros, á su imitación, debemos inclinar reverentes nuestras

¹ I Cor. 15, 56.² Act. 14, 21.³ Luc. 24, 26.⁴ Hebr. 13, 12.⁵ I Petr. 2, 21.⁶ Ps. 37, 18.

espaldas para recibir, los golpes de los azotes que Dios quiera descargar sobre ellas, ora sea de enfermedades, ora de ignominias, ora de cualquier otro género de amargas. Éste fué siempre el camino que anduvieron los discípulos de Cristo, y aunque alguno de ellos fuese arrebatado al tercer cielo, no por eso dejó de sufrir adversidades. Por el contrario, cuanto más cerca estuvo de Jesús, tanto mayor fué la parte que le cupo en el cáliz de la pasión. «Yo le mostraré», dijo Jesús hablando de Pablo, «cuánto tendrá que padecer por mi nombre.»¹ «Toda la vida de Cristo», dice la Imitación, «fué cruz y martirio, y ¿quieres tú para ti descanso y gozo? Yerras, yerras, si buscas otra cosa que padecer tribulaciones, porque toda esta vida mortal está llena de miserias y señalada por todas partes con cruces.»² Lo que hemos visto, carísimos hermanos: miserias en el orden natural y cruces en el sobrenatural; en todas partes, tribulaciones y dolores. Que ésta sea la condición para alcanzar la gloria de la bienaventuranza, dícelo San Pablo: *Si compatimur, ut et conglorificemur* — «Si hemos de ser glorificados con Él, hemos de padecer también con Él.»³ Ésta es finalmente nuestra vocación, según aquellas palabras de San Pedro: *In hoc vocati estis* — «Á esto habéis sido llamados, esto es, á padecer como Cristo.»⁴ «La vocación á padecer puede considerarse como consecuencia de la vocación á gozar en el reino de los cielos, ó sea, de la vocación á seguir á Jesucristo, á ser cristiano.»⁵ Ya el Apóstol había dicho resueltamente: «Todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús, padecerán persecución.»⁶ Y él mismo ¡á qué género de tribulación no se vió expuesto! Oíd cómo escribe á sus queridos fieles de Corinto: «No queremos que ignoréis, hermanos, la tribulación que hemos padecido en Asia, porque sobre manera ha pesado sobre

¹ Act. 9, 18.² *De Imit.* lib. 2, c. 12.³ Rom. 8, 17.⁴ 1 Petr. 2, 21.⁵ *Aug.* in Ps. 55.⁶ 2 Tim. 3, 12.

nosotros, sobrepujando nuestras fuerzas tanto que hasta nos fastidiaba vivir»¹; y más adelante enumera las muchas clases de padecimientos sufridos en mar y tierra, las cárceles, las heridas, la muerte, á cuyas puertas se ha hallado en muchas ocasiones, los peligros de que se ha visto rodeado en las ciudades y en los campos, ya de parte de los propios, ya de los extraños, de los enemigos y de los falsos hermanos, y luego las fatigas, las vigiliadas, el hambre y la sed, los ayunos, el frío y la desnudez, fuera de otros trabajos exteriores, como el ministerio diario y la solicitud por todas las iglesias y la compasión de los males ajenos². ¡Qué cúmulo de tribulaciones! Así demostraba ser apóstol y verdadero seguidor de Cristo. ¡Admirable providencia del Señor, hacer de un mal necesario un instrumento de santificación y como el camino triunfal de la eterna bienaventuranza! ¡Cuánto no debemos á la bondad divina por esta maravillosa disposición! He aquí cómo el Autor de la naturaleza y de la gracia eleva los agentes naturales á la categoría de instrumentos de orden sobrenatural. Pues bien, hermanos carísimos, así como los males físicos, los trastornos atmosféricos, las tempestades y temporales suelen ser precursores de bienes, así las aflicciones de la vida nos presagian abundancia de gracias en esta peregrinación terrestre y superabundancia de bienes eternos en la patria celestial. Aquí Dios mismo enjugará las lágrimas de los ojos de sus escogidos, de los que formarán su pueblo, y no habrá más muerte, ni lamentos, ni ayes, ni dolores de ninguna especie, porque todo eso habrá pasado para dar lugar á un nuevo orden de cosas, el reino de Dios en la eternidad³, que á todos os deseo.

¹ 2 Cor. 1, 8.² *Ibid.* 11, 23 et seqq.³ Apoc. 21, 45.